

SEXTA PARTE

LA PRINCESA OUVALIA

I

CÓMO UN MUERTO SE INVITA Á UN BAILE

Ocho días habían pasado. En una ciudad como París en donde los acontecimientos se suceden con rapidez, ocho días tienen el valor de ocho siglos; se olvida pronto; tal cosa cede el puesto á otra: la noticia del día arroja el escándalo de ayer que, archivado en el número de los estribillos, se va á unir en el olvido del tiempo.

La noticia del día era ésta: El Rey Luis XV, cansado de ver llorar á los parisienses y considerando que una

tristeza de una semana es el extremo límite que pueda exigir la conciencia por un luto, aunque éste sea causado por una calamidad pública, había resuelto cambiar las ideas y secar las lágrimas dando una fiesta en el Louvre. Esto, bajo el pretexto de glorificar las tropas del mariscal de Saxe, que tomaba por asalto las últimas plazas de Flandes.

El duque de Torino estaba más que nunca en favor en la corte. Ese noble extranjero, con un desinterés y una generosidad bien meritorias, había tenido la idea de abandonar á las víctimas de la feria de San Germán un semestre, un semestre entero de la pensión que le debía el tesoro real. Esta bella acción le había conquistado más amistades que su heroísmo reciente de la batalla de Fontenoy, heroísmo sobre el cual no podían menos de tener dudas, pues el teniente marqués de Gherlor se había negado obstinadamente á dar fe.

Mas todas esas satisfacciones no hacían experimentar al duque de Torino ninguna alegría, primeramente porque no tenía en su posesión á Constancia, hacia la cual ardía su sangre; Constancia viva, á pesar de lo que emprendió contra ella, y en segundo lugar porque un astro de primera magnitud acababa de elevarse de un salto hacia el cenit de los favores, y había puesto en segunda fila su modesta personalidad.

En efecto, si nada podía temer de las consecuencias de la cobarde monstruosidad, puesto que el asunto de la feria de San Germán había sido archivado por falta de pruebas criminales, en cambio, el puesto ocupado

ahora por la señorita de Flamberge le hacía temer represalias, poniéndola á ella al abrigo de sus ataques solapados.

Desde el día siguiente del siniestro, á causa del informe del teniente general de policía, y por las conversaciones de la señora princesa de Conti, la señora de Pompadour se había entusiasmado por esa joven sorprendente que se designaba con el nombre de la señorita de Flamberge, quien, después de haber vencido para siempre á cinco maestros de armas indignos de llevar espada, había ella sola, decía la crónica, salvado á veinte personas de la hoguera.

Luis XV no tardó en participar de la admiración de la favorita, y la señorita de Flamberge se vió en la necesidad de presentarse en el Louvre, llamada por el Rey.

Una hora, una hora larga, el ídolo de los parisienses, recibido en audiencia privada, había permanecido en conferencia con el jefe del Reino, con su más íntima y confidente con el ministro canciller.

¿Para qué esta importancia desacostumbrada?.. Y ¿qué fué dicho en esa conversación á puerta cerrada? Sólo la indiscreción de uno de los cuatro personajes habría podido hacerlo conocer... La cuestión es que, cuando la señorita de Flamberge salió al fin de la cámara real, la sorpresa acumulada de los cortesanos fué más fuerte aún, si es posible, que la del pueblo agrupado á las puertas de la feria incendiada. Y la sorpresa provenía de que se veía brillar sobre su pecho la cruz de la orden de San Luis. Prueba evidente, de-

efán, de que esa joven es de raza noble. Mas á ninguna persona le debía ser dado profundizar la cuestión, pues la nueva estrella sería más fugaz que brillante: la señorita de Flamberge había dejado la corte para no volver más...

Ese día, en el Hotel de la calle de Francs-Bourgeois, el intendente Méjico, solo en la antecámara, se ejercitaba en dar estocadas á la pared.

Desde su excursión á lo que él llamabá « el país del fuego », el joven español tomó la costumbre extravagante de llevar una espada, y la noble arma le volvía quisquilloso en cuestiones de honor; pensaba con rencor en las amenazas hechas á sus orejas por los dos maestros de armas.

— ¡Ah! se decía, contemplando la hoja, cuyo brillante acero le ponía la piel como carne de gallina: ¡ah! los señores espadachines quieren cortarme las orejas, y la señorita Simoneta piensa en suprimirme su estima... Pero, ¿ ignoran esas gentes lo que puede hacer un carnero rabioso?..

Y batiéndose en el vacío, añadía, pues sus propias reflexiones tenían el don de volverle furioso:

— ¡Pues bien, no tengo miedo y veréis! Los celos son malos consejeros... El señor Jerónimo, que ha vuelto con otra mujer... ¡Ah!.. ¡qué mujer tan hermosa!.. ¡Trata de apoderarse del objeto de mi culto! Tanto peor, me vengaré... ¡Yo quiero!..

— ¡Ay! dijo el marqués de Gherlor, que empujó la puerta en aquel momento y que estuvo á punto de ser ensartado por el carnero rabioso: ¿te vuelves loco,

Méjico?.. ¿Qué mosca te ha picado para sudar de esa manera?.. ¿Á quién quieres pinchar?..

Méjico, contrito y avergonzado por dejarse sorprender así, envainó.

— ¡Ah, señor marqués! replicó bajando los ojos, atravesaba con la imaginación á mi rival... Lellenaba de pinchazos...

— ¡Y es á mí á quien has estado á punto de atravesar, guerrero del demonio!.. Pero, dime, Conchita, la gitana, tu morena pasión, si me acuerdo bien, ¿se ha mostrado cruel?

— ¡Ay! ahora está rica y me ha dado con la puerta en las narices.

— Verdaderamente, mi pobre Méjico, no tienes suerte.

— Es verdad, amo á otra.

— ¿Ya? repuso el señor de Gherlor, no pudiendo menos de reir; ¿querrías hacer la competencia á Jerónimo Chaminade?

— ¿Jerónimo? ¡Qué monstruo! es precisamente él el que...

El marqués interrumpió con indiferencia:

— Dejemos ahí tus asuntos, muchacho... ¿Cómo va la señora condesa?

— Pues, yo no sé...

— ¡Diablo! para un intendente, me parece que estás bastante mal al corriente de lo que pasa en tu casa... ¿Y el señor conde está visible?

— Para usted, sí, señor marqués.

El teniente de mosqueteros empujó la puerta del salón que daba á la antecámara, y dijo al entrar:

— Entonces, díle que estoy á sus órdenes... ¡ve!
Méjico se eclipsó pensando:

— Después iré á buscar á mi amigo Jarnac en la cocina, le pediré que me dé alguna lección, y consentiré, sin sospechar que él prepara el arma que herirá á su compadre. ¡Ah! ¡es sorprendente cómo los celos le hacen á uno inventivo!

Desde hacía ocho días, desde su vuelta á la casa, Constanca no cesaba de estar mal. Aunque ninguna de las mujeres, excepto Enriqueta, desobedeció á las órdenes del conde, aunque todas se dejaron conducir fuera del recinto de la feria sin abrir los ojos, todas guardaban en la imaginación el recuerdo del inmenso desastre y de la tumba de piedra en donde poco faltó para que fueran quemadas vivas.

La condesa Constanca había sido más particularmente castigada; sin embargo, la marquesa Honorina y Gisela y Pervencha sufrían igualmente de la sacudida de esa angustiosa hora.

El marqués, el vizconde y el señor de Brionne se esforzaban en arrojar del pensamiento la maldita visión.

Chaminade se asombraba de estar contento por haber encontrado á Perine, á su inconstante esposa, quien actualmente, blandamente acostada en un buen lecho y cuidada por Justina, debía dentro de pocos días no resentirse ya de sus bien ligeras quemaduras. Mas eso no impedía á nuestro sempiterno enamorado pensar en Simoneta y aún en algunas otras.

Fileas Jarnac creía llevar en su gacete todo le

fuego del campo de la feria y, durante cuarenta y ocho horas, había explorado la bodega para ahogar lo que él llamaba una vuelta ofensiva del incendio.

Solos los rostros de Luis de Lespare y de su hija no conservaban ninguna traza de la pesadilla, excepto una arruga sobre la frente del primero, más aún por las complicaciones futuras que por lo que se refería al pasado.

El mismo señor Verda debía guardar un duradero recuerdo de su primera y única salida, pues se le había dado un compañero que no se dejaría convencer ni con el contenido de una botella ni con la presentación de una carta. Ese compañero era Maese Bel, la abnegación en cuatro patas.

Cuando el conde Luis, prevenido por Méjico, entró en el salón y fué hacia él, tendiéndole la mano, éste se la estrechó:

— No sé lo que tiene Méjico hoy, le encuentro bien cambiado.

— Me he apercebido, está enamorado y celoso.

— ¡Eh! ¿Un español?

— Un español fuera de su país no es muy peligroso.

— ¿Y la señora condesa?

— Bien pronto no se resentirá de la emoción... Siéntese usted, marqués, ahí, en el canapé, cerca de mí, y hablemos.

Los dos amigos se sentaron.

— ¿Sabe usted por qué le he hecho venir antes de la hora acostumbrada? preguntó el conde.

— Á decir verdad, no.

— Tengo un favor que pedir á usted.

— ¿Á mí? ¡Eh, pardiez! querido conde, concedido de antemano: si es posible, está hecho; si es imposible, se hará.

— Gracias, marqués... Desde hace ocho días, vivo aquí como en un claustro, á la merced de una imprudencia de mis gentes... Entre estos muros se sabe que estoy vivo; fuera, excepto los armeros á los que tuve que dármelo á conocer y en cuyo honor puedo tener confianza, me creen muerto... Esta desaparición anticipada me pesa, y la hora se acerca en que reaparezca á los ojos de todos, no como me creen, sino como soy, desenmascarando al autor miserable de tantos males.

— ¡Pobre conde! ¡Cómo debe usted sufrir!

— Es en la adversidad, amigo mío, cuando se aprende á conocer los verdaderos sacrificios, y es también después de una grave enfermedad cuando la vida aparece más atrayente... Mi desgracia me ha hecho ver á mis amigos, mi enfermedad toca á su fin, mi vida futura no será más que más bella y menos agitada.

El marqués de Gherlor le escuchaba y le miraba... Esa manera tan sencilla de considerar la mala suerte le hacía pensar en el estoicismo de la antigüedad.

— Le admiro á usted, dijo.

— El rey Luis, repuso de Lespare, tiene por usted cierta estima, ¿no es verdad?

— Es verdad, Su Majestad tiene la bondad de demostrarme algo de amistad.

— ¿Puede usted procurarme una invitación para la fiesta que va á dar el rey en palacio? exclamó.

Ante esta petición, el teniente de mosqueteros se sobresaltó.

— ¿Está usted en su juicio?... contestó. ¡Ir á esa fiesta es perderse!.. ¡El señor de Torino, su enemigo de usted, goza de un favor sin rival!.. Sé muy bien que Enriqueta, que es en Francia la única *caballera* de San Luis, habría llegado á destronarle si hubiera querido continuar en la corte... Pero es una joven que tiene miedo de los salones, no es valiente más que frente al peligro, y la estrella de la señorita de Flamberge ha hecho palidecer la del italiano un momento solamente.

— Es por consejo mío que no ha vuelto á poner los pies en la corte...

— No le comprendo... Usted tenía en ella un abogado como no se podría encontrar otro. No vaya usted á desafiar al rey, querido conde; espere, tenga usted paciencia, le he preparado con precaución para que dude de su muerte... Espero la ocasión de revelarle la verdad; contemos con su bondad para que le conceda el perdón.

Á las últimas palabras del señor de Gherlor, Lespare se había levantado y andaba febrilmente de un lado á otro.

— Muchas gracias por su abnegación, dijo, pero no nos entendemos... ¡Un Gherlor acusado falsamente de traición, ¿aceptaría que se le concediese gracia?..

— Permitame usted que dude... Lo que usted no quisiera para usted, ¿por qué lo tomaría para mí?...

— ¡Conde!...

— Permitame usted... Una gracia sería una nueva

é irreparable injuria : ; lo que necesito es justicia !... Mientras el duque de Torino goce del favor del rey, odiosamente engañado, no podré nada contra él, sobre todo no pudiendo dar una prueba ; tengo, pues, que ocultarme para obrar... Por eso, no es el conde de Lespare que irá á esa fiesta sino un personaje exótico, alguien muy importante, casi oficial...

Se detuvo delante de su visitante y acabó haciéndole esta pregunta :

— ¿ Ha viajado usted mucho, querido marqués ?

— Sí, bastante, replicó éste, algo desconcertado por ese cambio tan poco relacionado con las anteriores palabras. He recorrido principalmente los principados de las orillas del Danubio y un poco la Polonia, país de nuestra graciosa soberana María Leczinska.

— En sus viajes, ¿ ha conocido usted probablemente á algún príncipe valaco, moldavo ú otro ?

— En efecto, he sido recibido en Jassy, la capital, en casa de un príncipe, Etienne Karazal, hospodar de Moldavia, y muy favorablemente acogido por su encantadora hija, la bella Ouvalia.

— Pues bien, dijo Luis de Lespare sonriendo, siempre se tiene mucho placer en volver á ver á los que se recuerda de una manera tan perfecta.

— ¡ Oh ! ; están lejos !

— No tan lejos como usted cree... Obre de manera que pueda usted presentar al rey á ese príncipe moldavo, á su hija y á dos oficiales de su séquito.

— Pero, ¿ vendrán ?

— Tendrán mucho cuidado en no hacer esperar á Ud.

El señor de Gherlor, intrigado, abrió desmesuradamente los ojos.

— Yo seré el príncipe, explicó Lespare, y Enriqueta la princesa.

Esta vez, el marqués no pudo menos de reir.

— ¡ Con mucho gusto !... respondió levantándose, tanto más cuanto que sería mucha desgracia si los moldavos, los verdaderos, viniesen á desmentirme.

— ¡ Gracias ! ; Cuál es el traje ?

— Le traeré un dibujo de la columna Trajana, construída en Roma. Usted tomará una idea conforme con los motivos del bajo relieve, y usted los modificará á su capricho.

Llamaron á la puerta.

— ¡ Adelante ! dijo Lespare.

Era Simoneta, tan bonita, pero un poco menos risueña acaso que antes.

— La señora condesa desea, dijo, que el señor conde tenga la bondad de subir á verla.

— Está bien, voy ahora mismo... ¿ Viene usted, marqués ?

— ¡ Oh ! temería ser indiscreto.

— Vamos, no se haga usted de rogar, Constancia estará encantada de verle.

Juntos, el antiguo capitán de mosqueteros y su teniente siempre en activo, subieron la escalera y atravesaron la pieza reservada á Simoneta la bordadora, antes de penetrar en las habitaciones de la condesa. Ésta tenía una carta en la mano y parecía leérsela á Enriqueta, quien, apoyada en el respaldo de la butaca

de su madre, presentaba una frente sombría, detrás de la que la tempestad se preparaba.

— Mi padre, el marqués, pronunció la joven al ver entrar á los dos hombres.

— ¿El marqués? repitió Constanca, levantándose. Y yendo al encuentro del visitante, añadió:

— ¿Qué ocurre para verle á usted tan de mañana? ¿Espero que ni Honorina ni Gisela están enfermas?

— Si no temiera cometer un crimen de lesa-galantaría, respondió el señor de Gherlor besando la mano izquierda que ella le abandonaba, pues la derecha conservaba la carta abierta, le afirmaría que mis dos compañeras son las más bellas, las más amantes, las mejores... Pero delante de usted, condesa, delante de Enriqueta que me mira con ojos irritados, me veo obligado á confesar que usted eclipsa á todas las mujeres.

— ¡Oh! marqués, ¡oh! esta declaración lleva una fecha y recuerda una época ligera. Bajo Luis Felipe de Orleans, los taimados tenían ese tono ligero... ¡qué vil cortesano es usted!

Y volviéndose hacia su marido, mientras que Gherlor saludaba á la joven que permanecía soñadora, añadió sin perder la sonrisa:

— Luis, el rey me acaba de escribir una misiva singular.

El conde y el marqués repitieron á la vez:

— ¿El rey?

— ¿Por qué no?.. Esta carta ha sido para mí mejor que los consejos de todos sus esculapios... Me ha

dado el latigazo necesario para resistir, y estoy muy bien, gracias á ese remedio soberano... ¡Soberano! ¡es la palabra! continuó riendo.

En efecto, Constanca estaba bastante mal aún por la mañana, y ese cambio tan absoluto como súbito, asombraba naturalmente á ambos hombres.

— ¡Es verdad! respondió ella burlonamente, usted no está al corriente, marqués; usted ignora todavía que se me acusa de tener relaciones culpables con un horrible hombrecillo contrahecho llamado Tortillard... Su Majestad, al saber esa deplorable aventura, se ha irritado. Me escribe, por medio de su secretario de Estado, que ese escándalo no puede durar. Tenga usted, Luis, prosiguió tendiendo al conde la carta que tenía en la mano. Lea usted, es instructivo... El hijo del que asesinó á mi padre no se duerme.

El señor de Lespare tomó la carta. Echó una mirada y comenzó la lectura en alta voz:

« Señora: el señor duque de Torino, Nuestro fiel amigo, habiéndonos comunicado una declaración firmada por un tal Tortillard, amigo del difunto señor conde de Lespare, se desprende de ella que á vista y en presencia de muchas personas, usted ha faltado á sus deberes.

« No Nos pertenece el juzgar la naturaleza de sus ya antiguas y favorecidas relaciones de una supervivencia con un personaje cuya moralidad gangrenada y el aspecto físico habría podido preservarla de toda se-

ducción; pero ¡hasta para Nosotros mismos el corazón de las mujeres es un misterio!

« Sin embargo, si Nuestro derecho de soberano termina á la puerta de las alcobas cerradas, no es lo mismo cuando el secreto de esas alcobas está tan mal guardado que sirve de alimento á la maldad pública. El señor duque de Torino, sobre el que, según parece, ha hecho usted profunda impresión, tiene la grandeza de alma para no dar fe á la declaración mencionada y se declara dispuesto á solicitar la alianza con usted.

« No podemos menos de agradecersele. Y, como Nos pertenece proteger el brillo de Nuestra Nobleza, esperamos que usted tendrá á bien conformarse con Nuestra Voluntad, que es la de verla á usted aceptar.

« Que Dios, señora, la tenga bajo su protección.

« El contrato se firmará al final de la fiesta que damos mañana y á la cual usted no deberá faltar.

« Por el Rey. »

No había firma, pero el sello real daba á esta carta un carácter de alta autenticidad.

Durante la lectura hecha por su padre, Enriqueta, agitada y nerviosa, se había acercado á él. Cuando hubo terminado, le tomó la mano y pronunció con voz penetrante:

— Mañana, padre mío, será preciso jugar nuestra última partida.

— Y nosotros la jugaremos, hija mía. Estate segura, contestó el conde.

— ¡Ah! pero, exclamó el marqués de Gherlor que

creía soñar: el hijo del duque de Toranzani, ¿no conoce, pues, la historia de las discordias de su padre con el famoso Tortillard?

— No, dijo Luis de Lespare, parece que no ha sido puesto al corriente. De todas maneras, Tortillard debe desaparecer de una vez para siempre, si no el amable duque se encargaría de ese cuidado. Se habría matado de desesperación al ver comprometido el honor de la que amaba... La señorita de Flamberge no debe aparecer de nuevo tampoco... ¿Usted se asombraba hace poco, marqués, de la prohibición hecha por mí de no tratar con la corte?.. Pero no sospecha usted que el ataque del Campo Enlodado se habría renovado cada noche en un rincón cualquiera de París, y que esta intrépida niña habría concluido por sucumbir bajo el número?

El señor de Gherlor se estremeció y aprobó con un gesto confuso. No había pensado en esa probabilidad.

— Y bien, prosiguió el conde, mañana, en el baile de palacio, no habrá más que su amigo el hospodar de Moldavia y la princesa Ouvalia, su hija.

— ¡Ah! dijo Enriqueta, sonrojándose.

Todos la miraron, y el conde soltó una carcajada. Acababa de comprender por qué razón las mejillas de la joven habían enrojecido.

— Es verdad, explicó mirando al marqués: ¡la señorita de Lespare no ha asistido aún á una de esas fiestas, y por lo tanto será la primera, ¡vive Dios!.. que podrá verse á un alférez de mosqueteros presen-

tarse en el baile de palacio con los hombros y los brazos desnudos!

Constancia y el señor de Gherlor se rieron de esa salida. Pero, más seriamente, Luis de Lespare continuó:

— En cuanto á ti, mi querida Constancia, estate tranquila: antes de que seas condesa de Torino, habré reconquistado y devuelto al rey mi espada de capitán de mosqueteros, para tomar de nuevo la vida de felicidad que yo debí rehusar de dejar.

II

LOS DEFENSORES DE LA VIUDA

La historia del Louvre es la de los reyes. Solos los Hoteles San Pablo y de Tournelles hicieron momentáneamente la competencia al palacio que cada generación embelleció y agrandó. Pero habiendo hecho Luis XIV de su nuevo castillo de Versalles la residencia de la corte, fué en Versalles que Luis XV pasó buen número de años de su vida, desertando del Louvre en donde pasó su juventud bajo la tutela de Fleury.

En la época de nuestra narración, la señora de Pompadour, que se hallaba en la aurora de su casi reinado, el parque de los ciervos de Trianón no había sido inventado aún, mas el galante monarca, no pudiendo ser menos que los caballeros y financieros de su tiempo, poseía también una casita en donde se daban citas galantes.

El nuevo castillo de Choisy poseía una instalación particularmente favorable á esos misterios, y se hablaba principalmente, sin conocerla bien, de la mesa

de las cenas, por cuyo mecanismo secreto se la designaba con el nombre de *Mesa mágica*. Dicha mesa, ideada como una máquina de teatro, daba á los invitados una seguridad que nuestros actuales gabinetes particulares no pueden ofrecer más que una lejana y vaga idea. Esa mesa, debida á la idea de la señora de Mailly, era redonda de forma, y, fuera de las horas de servicio, se bajaba al nivel del suelo, simulando un rosetón ricamente incrustado en madera de Ultramar. En los otros momentos, se elevaba sobre un cilindro de cobre dorado, cuya parte circular tenía el cubierto y cuyo centro, preparado como un montacargas, comunicaba con el sótano en donde estaban instaladas las cocinas. Cuatro aparadores de centros movibles, completaban el servicio misterioso de esa mesa de comedor, cuyo organismo funcionaba al cuidado de cuatro pajes jóvenes de las cuadras, y en donde se libraban numerosas batallas menos mortales que la de Fontenoy y también menos gloriosas, pues la mosquetería empleada era la de los buenos espírituosos, y los cuerpo á cuerpo en los que el resultado era un cambio de besos.

Si hemos hablado del castillo de Choisy y de la mesa mecánica, es porque el proyecto de dar una fiesta en el Louvre había sido elaborado en ese lugar por los que no podían mucho tiempo soportar la tristeza de un luto público, siendo su vida una risa perpetua... Como los éxitos militares eran el principio de los regocijos, la favorita tuvo la feliz inspiración de hacer coincidir el baile con la corta estancia que debía hacer

en París Mauricio de Saxe, el heroico comandante de las tropas victoriosas, llamado para conferenciar con el señor conde de Argensón, ministro de la guerra.

Como bien puede pensarse, se disputaban las invitaciones; habían hecho prima, porque antes de la cena que debía terminar la fiesta, se daría un *ballet* nuevo, escrito especialmente para las circunstancias y del que se decían maravillas.

Todas las damas del cuerpo de baile de la Ópera tomarían parte con los diferentes trajes en uso en los países conquistados, desde la húngara de Praga hasta la flamenca de Ostende.

Una de las atracciones esperadas era la aparición de la nueva sultana del duque de Torino, Marieta, la bonita bailarina, entonces en boga, que representaría á Italia yendo en socorro de Francia.

El libretista, hombre de corte, contaba mucho con la delicada colaboración hecha en el último momento para conciliarse el favor del nuevo amigo del rey, cuyo favor aumentaba sobremanera, cosa que empezaba á inquietar al mismo Richelieu. Había todavía una buena sorpresa reservada á los invitados.

¿No se hablaba en cubierto — maniobra quizás de última hora, inventada por la Pompadour para disminuir las defecciones que no dejarían de suscitar los celos de las grandes damas por su rápida ascensión — de un descubrimiento sensacional hecho por el marqués de Gherlor, y de una doble presentación que sería hecha al rey á su entrada en el baile? ¿Qué había de cierto sobre esta última habladuría?

Los mejor informados hablaban de un príncipe oriental, de un príncipe conquistador y reinante que el teniente de mosqueteros había conocido en el curso de sus peregrinaciones. Este ilustre potentado de lejanas tierras, viajaba de incógnito con su hija, una perla de belleza. Los dos se alojaban en el hotel del marqués, quien había aprovechado su influencia para decidirle á que fuese presentado.

Gracias á este reclamo un poco teatral, la noche siguiente á la en que vimos al señor de Gherlor conferenciar con el conde de Lespare en la calle de Francs-Bourgeois, los salones de recepción del Louvre eran demasiado estrechos para contener á la brillante multitud de pasamanerías resplandecientes, uniformes bordados de oro y anchos vestidos que se apretaban en masa y que verdaderamente eran llevados en el aire.

Sin embargo, un incidente estuvo á punto de turbar el principio de la recepción en la que el uniforme militar no era admitido, aunque la fiesta era dada para celebrar la gloria de nuestras armas. La etiqueta, que era el protocolo de aquel tiempo, le proscribía rigurosamente, y eso debía dar origen al incidente de que hablábamos.

Un valiente soldado, el caballero de Módena, capitán del regimiento de Dofin-Infantería, que no estaba al corriente de esos reglamentos estúpidos, se presentó esa noche en palacio, de uniforme, y franqueó la sala de guardias en el mismo momento en que Santiago de Courten penetraba. Sorprendido de ver al oficial en

traje de militar, el primo del duque de Argensón iba á abordarle para advertírsele amigablemente; pero no tuvo tiempo y no pudo ser más que el testigo entristecido de la escena que siguió. En efecto, un gentilhombre de cámara, viendo al capitán, se precipitó á él y le detuvo con estas palabras:

— No puede usted entrar, señor.

— ¡Cómo! dijo el caballero cortado, ¿quién me lo impedirá?

— La costumbre de la corte... ¿La desconoce usted?

Un instante, el caballero pareció consultarse, después prosiguió:

— En verdad, señor, hace más de diez años que estoy en el ejército, y mi memoria me es infiel. Sirvase recordarme en qué consiste esa costumbre.

— La orden es de no admitir, quien quiera que sea, de uniforme en la reunión de palacio.

— ¡Singular pretensión!.. ¿No se celebra en él una victoria?..

— Sí, es verdad, se festejan los grandiosos éxitos de Su Majestad.

— ¡Ah! ¡bien! dijo el capitán en un tono burlón. ¿Y dignánse admitir que el ejército ha tomado parte,

— ¡oh! una parte muy modesta — en esos gloriosos resultados?

El gentilhombre vió la ironía. Era quisquilloso á la manera de los que viven humillándose y cuya espada hiere solamente las alfombras.

— Sin ninguna duda, señor, repuso con tono altanero, ¿Qué deducción piensa usted sacar de ello?

— Ésta : ¡ que los ojos del rey no pueden menos de estar encantados á la vista de un uniforme cubierto por el polvo del combate !

— Ese es su error, señor. Distingamos. Hay tiempo y uniforme para cada cosa. En el combate, Su Majestad *hace uso* de sus oficiales ; pero en su casa es preciso que se sometán al ceremonial establecido.

— Para hacer la campaña que se acaba, he tenido que emplear mi última pistola. Me sería, pues, difícil adquirir lo que brilla en su traje, es decir el brillo con que los bordadores hacen comercio... Pero en cuanto al brillo que se adquiere jugándose la vida, estoy bien provisto.

— Entonces, señor, silbó el gentilhombre de cámara que la indirecta había herido en lo vivo : vuelva usted á tomar el camino de su morada.

— ¿ De modo que Ud. osaría expulsar á un capitán ?

— No soy yo quien le despide, es la etiqueta la que expulsa su uniforme.

— ¡ Ah ! exclamó el capitán indignado retirándose : si el rey no hubiera tenido en Flandes más que maniqués llenos de bordados del género de usted, ¡ creo que le habría sido preciso dispensarse de dar la presente fiesta !

El vizconde Santiago de Courten, indignado pero impotente, se precipitó para acompañar hasta la puerta á ese hermano de armas. Trató de consolarle y de atenuar su exaltación. Probablemente no lo consiguió, pues al siguiente día mismo debía correr por París un número incalculable de los siguientes versos :

Serviles instrumentos de triunfos nuevos,
Víctimas de los proyectos que abundan en la corte,
Correr, minar y subir á los asaltos,
Sacrificar los días al rey más grande del mundo,
Luis os lo permite : combatir es vuestro oficio,
Pero no os presentéis en el gran día que se prepara,
Vuestro nombre importuno podría turbar la fiesta,
Y vuestros uniformes polvorientos empañarían el brillo.

Puede pensarse el efecto deplorable que debió producir en los parisienses la explosión de esta marcial inspiración, sobre todo después de una fiesta que el gran luto demasiado reciente hizo impopular.

Luis XV, al cual el gentilhombre de cámara, particularmente señalado por dichos versos, no dejó de mostrar una copia, montó en cólera, y dió orden al conde de Argensón de hacer detener al nuevo Lagrange-Chancel. Afortunadamente para el capitán de Módena, él había sabido interesar en su favor al joven primo del ministro de la guerra. Prevenido por éste del peligro que corría, tuvo tiempo de huir, y el conde de Argensón, encantado de esa solución, cuyo final no ignoraba á causa del intermediario, no necesitó emplear el rigor.

Volvamos á nuestra narración.

En los amplios salones, los violines de Rameau preludiaban un baile sobre motivos del *Templo de la Gloria*, ópera nueva especialmente escrita por Voltaire para cubrir de laureles al que él comparaba con Trajano. Una extraordinaria y alegre animación reinaba por todas partes. Solamente un saloncito, situado entre columnas á la izquierda de la sala de guardias, estaba ocupado por personas tranquilas, entre las

cuales habríamos podido conocer á nuestros antiguos conocidos de Fontenoy: los señores de Chabillant, de Brancas, de Aubeterre, de Brionne, oficiales de la casa del rey, y los gentileshombres mosqueteros de Rohán, de Montigny, de Souvret.

La conversación languidecía. Volvió á recobrar cierta animación á la entrada del marqués de Gherlor que, como sabemos, tenía las funciones de capitán interino, desde el castigo impuesto al conde de Lespare.

— Buenos días, señores, buenos días, dijo estrechando las manos que le alargaban. Han elegido ustedes el único rincón del palacio en donde el aire es respirable. Del otro lado de esas paredes se ahogan.

Y volviéndose hacia Chabillant:

— ¿Hacia menos calor enfrente de los pelotones ingleses, mi coronel? No conozco más que á las damas para experimentar satisfacción entre ese gentío.

— Es ahí en donde ellas guerrean mejor, dijo de Aubeterre.

— Y cuanto más fina es la cota de malla, más se hiere uno, añadió finamente Brancas.

El señor de Gherlor se aprovechó del interés que parecía provocar esa materia para llamar á parte al teniente de Rohán.

— ¿Estaba usted de misión en Flandes?... le preguntó en voz baja. ¿Ha sabido usted algo del lado de Antoin referente á nuestro antiguo jefe?..

— Todo lo que pude saber, repuso el interpelado, es que, á pesar de las más activas investigaciones hechas aun después de nuestra marcha, no se ha podido

encontrar ni el cuerpo del señor de Lespare ni el del alférez Enrique... Es siempre la leyenda del ejército... ¡Los burlones anuncian que volverán!... El señor de Argensón, al cual hice un informe, ha deseado explicarme esas cosas delante de Su Majestad.

— ¿Y qué ha dicho el rey?

— Contra lo que yo esperaba, no ha parecido sorprenderse de la noticia; más bien, manifestó cierta satisfacción.

— ¡Á propósito del rey! interrumpió d'Aubeterre, ¿saben ustedes que ha recibido esta mañana un regalo poco común?

— ¿Y de quién?

— De un difunto, si se da crédito al rumor.

— ¿Usted quiere bromear, coronel?

— No, señores: ¡les hago á ustedes jueces! Un alto y grueso helvético, del género de los que empleamos de porteros, se presentó esta mañana á la puerta del palacio de Versalles: era portador de una caja grande cerrada, y cerca de él saltaba un gran perro con el pelo quemado y que se parecía, hasta confundirse, al de la señorita de Flamberge. Ya saben ustedes, ese animal cuyo valor, más fuerte que el instinto, hizo verdaderos prodigios en la feria. Á las preguntas hechas, el suizo respondió que llevaba un don acompañado de una explicación para entregar personalmente. No hago mención, para no cansar á ustedes, de las molestias que tuvo que sufrir... Por fin fué recibido, y el rey, después de hacer abrir la caja que contenía el águila con dos cabezas, que todos conocemos, tomó

conocimiento de la carta. Era del buen hombre Lanlire, el viejo pastor montañés...

— ¡Pero desapareció en el incendio! dijo Montigny.

— Por eso tenía yo razón en decir que el regalo venía de más allá de la tumba... El mensaje decía... conozco el contenido por el señor de Lugeac, que estaba presente en el momento de abrirle: « Señor, acaso os habréis compadecido del buen hombre Lanlire y del pájaro que uno de vuestros gentileshombres quiso comprar para vos. ¡El águila real es de la naturaleza del fénix, no puede morir!.. Ruego á Vuestra Majestad tenga á bien aceptar ese pájaro en recuerdo del pobre viejo que fué devorado por las llamas y que, como su águila, tiene por divisa: « Yo renaceré. »

— ¡Extraordinario! exclamaron.

— ¿Se supo por el suizo quién lo había enviado?.. preguntó Chabrilant.

— El suizo se retiró durante la lectura.

— Un personaje de esa clase se encuentra.

— Es también mi opinión, señores, y sin embargo estafetas lanzadas en todas direcciones no pudieron encontrar ni al alemán ni al perro.

Todos se hallaban impresionados por esa aventura casi fantástica, cuando el señor de Gherlor exclamó alegremente:

— Noticia por noticia, caballero; la mía no viene del reino de los espectros. Anuncio para esta noche misma la presentación á nuestro señor el rey de dos fastuosos orientales, un príncipe moldavo y su admirable hija, que fueron y continúan siendo mi mejor recuerdo por las orillas del Danubio.

— ¡Ah!.. sonrió Brancas: ¿no teme usted que la marquesa esté celosa?.. Es un poco española por su madre, me han dicho, y por lo tanto debe llevar un bonito puñal en la liga.

El señor de Gherlor respondió complacientemente, pues todos los ojos se habían animado ante la idea de una visión galante:

— Le sorprendo á usted, señor duque, queriendo cazar en terreno ajeno... Usted querría ver si lo que supone es cierto, ¿no es verdad?

— Es verdad, capitán, que...

— Es usted demasiado curioso, no sabrá nada... Además, para que se reponga la salud comprometida de la marquesa y de mi hija, las he enviado á respirar el aire á nuestras posesiones...

— Lo que quiere decir que está usted soltero.

— Y que espero aprovechar bien esta noche de libertad. Á propósito, tendremos también la firma de un contrato.

— Pero usted es una gaceta viva, marqués... ¿á quién casamos?

— ¡Á la señora condesa de Lespare!

— ¡Ya! dijeron con sorpresa.

Rohán se sobresaltó.

— Para que la viuda de nuestro inolvidable capitán llegue á ese extremo, dijo con fuerza, es preciso que se vea obligada y forzada, y si no dependiera eso más que de mí para impedirlo...

— Bien, dijo el señor de Gherlor, tomo nota de sus intenciones, teniente... La noticia que usted trae de

Flandes es de naturaleza á retrasar esa unión, esté usted seguro.

Y como el de Rohán iba á interrogarle, le hizo seña de que se callase, y prosiguió en voz alta:

— Sea lo que sea, señores, ¿no hay duda de que la abnegación de ustedes pertenece á la señora de Lespare, así como su recuerdo permanece fiel al capitán conde y al alférez Enrique?

Todas las manos buscaron la suya para estrecharla.

— ¡Cuente con nosotros, marqués!

Por la puerta entreabierta de la izquierda, se oían los delicados acordes de la música de Rameau, y por la puerta vidriera de la derecha, que daba á la sala de guardias, se podía asistir al desfile incesante de los nuevos invitados.

— ¡Chitón!.. dijo el señor de Gherlor, que miraba por ese lado. He aquí que llega el famoso duque de Torino, el famoso defensor del sendero de Antoin. Es increíble la poca simpatía que tengo por ese italiano... Dígame, señor de Brancas, ¿no le recuerda á usted una cara ya conocida, hace mucho tiempo?

— En efecto, al duque de Toranzani, el enemigo de ese pobre Lespare, si no me equivoco.

— No se equivoca usted... Él me le recuerda muy desagradablemente. Lo mejor que podemos hacer es cederle el sitio é ir á buscar nuestras encantadoras parejas; además, el señor mariscal no tardará en aparecer y debemos ser los primeros en presentarle nuestros respetos... ¿Vienen ustedes, señores?

Todos se inclinaron con un movimiento de cabeza, y el pequeño grupo entró en el baile.

III

ESTRELLA QUE PALIDECE

Apenas los oficiales salían del salón retirado en donde habían celebrado el conciliábulo, que Gonzalvo y Pietri penetraron por la puerta de la sala de guardias. ¿Cómo ese confidente podía ser recibido en ese palacio en donde sólo la nobleza más seria tenía acceso? ¡Oh! de una manera muy sencilla: el duque le había intitulado gentilhomme de su séquito, y la cosa fué aceptada como una verdad del Evangelio; nadie se preocupaba de ir á verificar en país lejano si las cartas de nobleza del criado eran más ó menos verdaderas, pues las del amo habían sido autenticadas por el favor real.

— ¡Perfectamente! dijo el duque, estaremos muy bien aquí para hablar, lejos de todo ese ambiente, de todo ese sudor y principalmente de esos oídos... ¿no pueden oírnos, eh?

— No, dijo Pietri, después de echar una mirada por el baile.

— Está bien, ven aquí y escucha... Harás preparar la silla de viaje para media noche.

— Sí, *signor*, dijo el confidente.

Y plantándose delante de su amo, añadió en un tono que no tenía nada de servil :

— Puesto que estamos solos, bien solos, permitame que le diga dos palabras, no como criado de usted que parezco ser, sino como cómplice que soy.

Gonzalvo había fruncido las cejas y aguzado el oído. Decididamente, ese muchacho se hacía muy fastidioso y sería conveniente deshacerse de él lo más pronto posible.

— De manera, replicó Pietri, que porque todo va conforme con sus deseos, usted no se ocupa en saber qué ha sido de ese personaje híbrido que fué primeramente el alférez Enrique y después la señorita de Flamberge? ¿Usted se duerme tranquilamente sobre sus honores frágiles, dejando vivir en paz á ese sucesor ó á esa heredera de Lespare, cuya voz vengadora podría elevarse para descubrir nuestro secreto y nuestra infamia?..

— ¡Diavolo!... repuso el duque encolerizado; la conciencia de Caín no debía ser ni la mitad tan machacona como la tuya, amigo Pietri... ¡Nuestra infamia!.. ¡Qué palabra tan fea!..

— Yo, Excelencia, llamo las cosas por su nombre. Entre nosotros, la ambigüedad está fuera de lugar... No se formalice si insisto... Usted ha eludido la cuestión, vuelvo pues á ella... Siendo cómplice de usted, tengo el derecho, para resguardarme, de señalar á

usted lo que podría suceder... ¿Qué piensa usted hacer para que estemos al abrigo de toda sospecha, de todo castigo?..

El duque se paseaba con las manos en la espalda y no le escuchaba ya. Con su carácter voluble y apasionado, el odio dormía por el momento. El monstruo sanguinario, harto de la última comilona, cedía el lugar á otra clase de afección enfermiza: ¡soñaba con el amor!

— Pietri, dijo con la voz tierna que tenía naturalmente cada vez que perseguía un sueño venusiano: hace un poco, he percibido á la hija del príncipe moldavo. ¡Es ideal! ¡adorable!..

El confidente le miró con estupor descorazonado. Sabía demasiado bien cómo terminaría esa letanía apasionada, tantas veces oída recitar.

— Me recuerda á la bella Constancia, prosiguió el duque, como hablándose á sí mismo; pero más enérgica, más joven, más lozana... ¡Ah!.. esos hombros, Pietri, ¡con sólo ver el brillo se volvería uno ciego!.. Pero ¡qué decir de los brazos, como si hubieran sido edificados por la estatuaria antigua, y con los que se desearía hacer un collar aunque fuera para ser conducido á la nada!.. ¿Los ojos? ¡dos estrellas adiamantadas!.. ¿La boca? ¡un estuche de coral con perlas engastadas!.. ¡Un pebetero perfumado!..

— Sólo le faltaba hacer la competencia á Voltaire, gruñó el confidente. ¡Estamos buenos!

— ¿Su nombre?.. el nombre que oí pronunciar es delicioso. « ¡Ouvalia! » ¿No se creería oír el ruido

de un beso?... Acaso soy un poco pretencioso, pero me ha parecido que su mirada encantadora se fijó en mi persona; leía en ella una ternura que me latía el corazón... ¡ Ah! ¡ sí, tiene algo de la bella Constanza. Eso es quizás lo que me ha hecho que la ame desde el principio... ¿ Pero es posible? Á propósito, Pietri, se interrumpió él mismo, guiado por otro orden de ideas, tus reproches caen en falso. He hecho vigilar á nuestra gente de la calle de Francs-Bourgeois por Napol, y las noticias no son tan malas como parece creer. Ha sido muy diestro ese Napol; merece una gratificación... Parece ser que Tortillard se ha matado, sí, la desesperación de haber comprometido á su bella amiga me ha desembarazado de ese aborto... En cuanto á la Flamberge, ó la señorita de la pantorrilla, como tú quieras, la pena de haber perdido á sus dos padres, el verdadero y el supuesto, es tal, que se teme por su razón.

El confidente tuvo un gesto de duda y pronunció desdeñosamente:

— El buen hombre de La Fontaine, el fabulista francés, ha respondido por adelantado á su demasiado grande é imperdonable confianza.

— ¿Cómo?

— ¿No ha escrito en alguna parte: « Esa masa enharinada no me dice nada importante? »

— ¿Qué relación?..

— Salta á los ojos, *signor*... ¡ Tortillard muerto y la señorita de Flamberge loca! ¿ Puede verdaderamente darse fe á ese doble accidente y que sobreviniese tan

á punto para darnos todos los triunfos? ¡ No!.. debajo se oculta alguna estratagema de guerra, y si usted no quiere abandonar la presa por la sombra — es también del mismo autor — usted haría bien en no dejarse engatusar por esa gitana... ¡ Las Sirenas, usted sabe, toman más que dejan!

Pietri Pertuso acababa de dar esta sabia lección de prudencia, cuando bajo las altas bóvedas de palacio resonaron las alegres fanfarrias que debían anunciar la entrada de Luis XV y de sus favoritos en el salón real.

— ¡ Alto!.. ordenó Gonzalvo; mi puesto es al lado del rey. Tendría gusto en escuchar la continuación de tus consejos, pero no tengo tiempo... ¡ Vete y ejecuta mis órdenes!

— ¡ Ah! exclamó el criado con gesto violento, no se burle usted de mí, la partida sería peligrosa, *signor*. Vigile usted sus palabras y vigile usted sus actos, ó cuidado con usted, pues no tengo deseos de pagar con la cabeza sus fantasías de enamorado.

El duque de Torino heredó de su padre una facilidad excepcional para imitar los modales nobles y para cortar, por lo sano, del gran señor. Herido por un inferior, su cólera no franqueaba los límites del desprecio; miraba de una manera altanera y soberbia que equivalía á una bofetada.

— Señor Pietri, pronunció con los labios apretados, tomando ese aire de alteza que un gusano habría hecho saltar barro, la Bastilla no está hecha para alojar gentes de su ralea, pero si continúa usted siendo malo,

con mi recomendación, el gran Chatelet le será hospitalario... ¡No lo olvide!

El tigre no podría convertirse en chacal, pero lo contrario puede ocurrir en casos extremos, y ese era uno de ellos. Los ojos feroces del confidente tuvieron un felino resplandor, la mano se crispó al puño del estilete, y pronunció con tono cruel:

— Perdiéndome, ¡usted se pierde!... Diga usted una palabra, haga un gesto relacionado con ese asunto y ¡por San Giovanó!... ¡le juro que caerá herido en medio del corazón delante de todos estos gentileshombres que le soportan difícilmente y le odian, estoy cierto!

Después de estas palabras, que indicaban su tierna y mutua conformidad, el amo y el criado se separaron, saliendo cada uno por diferente puerta.

Luis XV, rodeado de los duques de Richelieu y de Birón, de los príncipes de Conti y de Guéménéé y de toda una serie de altos dignatarios y de grandes damas, acababa de hacer su entrada en el salón de recepción, en el que todavía no había sido anunciado Mauricio de Saxe. La señora de Pompadour, la señora de Conti, la señora de Hausset, las señoritas de honor, los oficiales de la casa y los pajes seguían.

— ¡Y bien! señores, ¿cuál es vuestra impresión sobre la fiesta?.. dijo abordando al grupo de oficiales que acababa de conversar en el saloncito. ¿No os parece que descansa de las fatigas de esa campaña que termina tan victoriosamente para mis armas?

Era de un eufemismo un poco audaz; ya hacía largo

tiempo que, por su propia cuenta, Luis XV descansaba, un poco por todas partes, de las fatigas sufridas por otros y de los peligros no corridos; pero esas perifrasis son permitidas á quien está seguro de no ser desmentido.

Los señores de Brancas, de Aubeterre, de Chabrilant y los otros se inclinaron con respeto, como aprobando; solo, el marqués de Gherlor osó:

— ¡Dudar del triunfo habría sido dudar de todo! Los soldados que combatían á los ojos de Vuestra Majestad no podían menos de vencer, siendo la persona real un paladión protector no menos eficaz que el de Constantino.

— ¡Ah! qué cortesano sois!.. exclamó el rey, encantado interiormente. No me gustan los aduladores, marqués; ¡tened cuidado!

— ¿Y por qué, señor? He dicho lo que es la expresión de la más pura verdad: es el sincero testimonio de todo un pueblo.

Era un poco arriesgado, pues el pueblo no tenía más que una opinión muy vaga en ese asunto; pero los príncipes tienen los oídos hechos de otra manera que el resto de los mortales; para ser oído de ellos, es necesario exagerar y aumentar. La inverosímil teoría del señor de Gherlor estaba aderezada á tiempo y contenía el incieso justo que precisaba para adular agradablemente las manías del rey. Así es que respondió seriamente:

— Marqués, os creemos. No desfalleceremos al deber y sabremos conservar el derecho en nombre del

Bien-Amado. Pero, ¿no nos habéis hecho la demanda de obtener el favor de presentar á un príncipe de vuestros amigos?

— Un hospodar Moldavo, señor. El príncipe Karazal y la princesa Ouvalia esperan el buen placer de Vuestra Majestad.

Con un gesto, Luis XV hizo retroceder á los oyentes más cercanos. Tenía que hacer una pregunta que le parecía embarazosa.

— Decidme, marqués, dijo con voz contenida, ¿cómo conversaré con ese extranjero?... El abad Fleury ha descuidado el enseñarme el moldavo, y hasta dudo que él lo sepa. Quizás fuera bueno llamar á un intérprete... entre nuestros universitarios y nuestros sabios debe fácilmente hallarse un orientalista.

El señor de Gherlor respondió vivamente:

— ¡Oh! tranquilícese Vuestra Majestad. El príncipe y la princesa han viajado mucho; además, su instrucción fué hecha por nuestros más eruditos magisterios. Muchas veces ya, el hospodar de Jassy ha venido á Francia de incógnito; tiene por nuestro país una predilección muy marcada de letrado.

— En ese caso, marqués, prevenid á vuestros amigos que estamos dispuestos á recibirles.

Y mientras el señor de Gherlor se alejaba hacia la sala de baile en donde, desde hacía un buen momento, el hospodar moldavo, tanto por su buena presencia como por la riqueza de su traje, hacía furor entre las damas, su hija se hallaba rodeada, festejada y admirada por un enjambre de jóvenes gentileshombres, el

duque de Torino hacía su entrada en el salón regio y avanzaba directamente hacia Luis XV, delante del que se inclinaba.

Ordinariamente, y cualquiera que fuese el humor del momento, el monarca tenía una sonrisa para el italiano, cuyo favoritismo impertinente no debía igualarse más que mucho más tarde y en España, al de Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz; pero durante el día mismo, la reina María Leczynska fué á hacer una confidencia á su esposo de lo que se le había dicho durante una larga audiencia privada, concedida á la señora de Lespare. Ese ú otro motivo fué causa de que recibiera á su nuevo amigo de esta manera bastante fría:

— ¡Ah! ¡sois vos, señor duque! Vuestro contrato ha sido redactado por Nuestros cuidados. Nuestro notario real ha hecho las restricciones que debía hacer para establecer la salvaguardia de los intereses de la señora condesa de Lespare y de sus herederos directos, si los hay.

Esta acogida desacostumbrada fué tanto más sensible á Gonzalvo, cuanto que él acababa de tener una discusión bastante seria con su confidente.

— Las acciones están en baja, pensó. ¿Quién ha podido perjudicarme?... Se trata de no descuidar las cosas.

Y servilmente respondió:

— Vuestra Majestad no ignora que mi conducta no es dictada por ningún motivo venal. Amo profundamente á la condesa Constanca de Lespare, y, si me

apresuré á ofrecerle mi nombre, ¡es para que se olvide el de uno que no supo guardar intacto el honor del suyo!

In cauda venenum, dice el proverbio.

El fin de la frase estaba tan intencionalmente llena de hiel, que hubo un murmullo desaprobador en el círculo de gentileshombres, contra ese extranjero que tomaba el puesto de uno de los suyos y cuyo orgullo era odioso á todos, y que no cedía ni aun ante la muerte. Como el señor de Gherlor no se hallaba allí, el señor de Rohán creyó de su deber expresar entre alta y voz baja la opinión de todos:

— En Francia, patria de corazones leales, la costumbre no es de herir á un hombre en tierra, dijo, pareciéndose dirigir á sus vecinos. Quizás, si se hubiera hecho una información seria, se sabría de cierto quién del acusador ó del acusado es el culpable.

Gonzalvo palideció. Era la primera vez que la cábala que sentía nacer y aumentar en derredor suyo, se atrevía á expresarse tan abiertamente y en presencia de su soberano protector. Pero éste parecía no haber oído y proseguía, al mismo tiempo que iba á sentarse en el sillón más alzado preparado para él y que un dosel coronaba:

— El contrato se firmará esta noche, duque; como además os habéis puesto á Nuestra entera disposición, partiréis para una misión confidencial que os tendrá alejado durante un año. Por razones de alta conveniencia, consultado Nuestro capellán, Nosotros hemos decidido que la señora de Lespare no será efectiva-

mente duquesa de Torino hasta después del plazo prescrito por las leyes.

— Vuestra Majestad me impone una separación bien cruel, se atrevió á decir el italiano, que veía hundirse toda su maquinación de perfidia, pues, viendo la alegría no disimulada de los que le rodeaban, en el curso de un año, ¿qué podría suceder que no le fuese desfavorable?

— ¿Tendrá el señor mariscal una recaída de su terrible enfermedad?... preguntó el rey al marqués de Croissy, indicando así que la audiencia había concluido.

— No sé, señor, pero el señor duque no ha llegado aún al Louvre.

El teniente de Rohán acababa de precipitarse á la entrada para ofrecer el brazo á una mujer admirablemente bella, cuyo cuello y brazos parecían de nieve por la colocación de los adornos del vestido medio obscuro. Era la señora condesa de Lespare.

Por no faltar al llamamiento del rey, se vió obligada á encargarse un vestido á propósito para las circunstancias, y que no parecía ni un vestido de baile ni un vestido de viuda, pues el luto no era permitido en la corte más que cuando la etiqueta decretaba la orden. Apoyada en el brazo de Rohán, ella avanzaba majestuosa y simpática.

Todos se inclinaron. El rey se había levantado.

— Señora, le dijo, tomándola la mano para hacerla sentar en un asiento colocado en un peldaño más bajo que el suyo, Nosotros la agradecemos el haber venido conforme á Nuestro deseo. Á pesar de lo que ha hecho